

En conjunto, un trabajo completo y ordenado que antepone criterios literarios a cualquier subjetivismo, aunque se perciba cierta actitud contraria a los postulados de crítica feminista subjetiva.

Ana Gurrea
Universidad de Navarra

MORALES, Carlos J.: *La Poética de José Martí y su contexto* Madrid, Verbum, 1994, 571 pp. (ISBN: 84-7962-060-9)

Es interesante el desinterés casi total que una figura tan extraordinaria como la de José Martí ha despertado desde siempre en España. Interesante, porque revela nuestro desconocimiento enciclopédico de lo que sucedía en la otra orilla del Atlántico, ya desde antes de la Independencia de las Indias. Salvo unas pocas excepciones gloriosas, Unamuno entre ellas, la huella directa de Martí en nuestros escritores ha sido nula, pese a que la modernidad de sus planteamientos literarios y filosóficos, así como su acercamiento a la veta popular de la lírica castellana, podrían haber sido magníficamente acogidos. Bien puede afirmarse que el Apóstol de América ha continuado siendo un «raro» en nuestro país, tal y como lo saludó en su día ese gran admirador suyo que fue Rubén Darío.

Por suerte la situación ha ido cambiando algo en los últimos tiempos. Quizá a esto contribuyan la creciente presencia de estudios hispanoamericanistas en las Facultades de Filología Hispánica y el Centenario de su muerte, que este año celebramos. Fruto de esta tardía atención académica es el libro de Carlos J. Morales que se añade a otros trabajos extensos publicados recientemente y que representa en sí mismo una contribución notable al conocimiento del autor de los *Versos sencillos*.

El estudio sigue la fecunda corriente de interpretaciones martianas de críticos como Manuel Pedro González, Ivan A. Schulman o José Olivio Jiménez. Por ejemplo: se percibe rápidamente la formación estilística del autor, así como su vindicación de un Martí existencialista.

Tras examinar ampliamente algunos componentes ideológicos fundamentales, entramos, a mi modo de ver, en la parte más valiosa del libro, «El contenido de la poética martiana». Aquí se intenta con éxito ir desmenuzando a lo largo de la ingente obra martiana los núcleos estéticos principales de tal manera que al final aparezcan ordenados y comprensibles en una estructura lógica y clara.

No es poco empeño, porque el cubano no fue un pensador sistemático y sus hondas inquietudes se desparrraman en medio de textos de la más variada temática. Ciertas ideas básicas como la poesía en tanto que vocación natural y su relación con la figura romántica del genio dan lugar inmediatamente a una teoría de la inspiración que precede al conflicto entre la irracionalidad de la génesis poética y los límites que le impone la razón. La emoción, ya sea en su vertiente prepoética o en la creadora e intelectiva, debe primar puesto que pone en marcha otras facultades subsidiarias (imaginación y memoria). A su vez, se plantea la insoluble vinculación entre esencia o contenido y forma, las cuales para Martí deben mantener un fuerte equilibrio expresivo. Sin ceder hacia uno u otro lado, parece claro que el contenido debiera ser lo más elevado posible en el ámbito moral, lo cual no es de extrañar dada la formación trascendentalista de Martí y sus inquietudes religiosas y humanitarias. Las consecuencias de este ideal de equilibrio entre idea y realización formal son el vitalismo y la espontaneidad estilísticos, así como la voluntad de creación de una literatura genuinamente autóctona.

Otro pilar básico del pensamiento poético martiano es la exaltación de la libertad que, en el caso de Martí, tiene una adscripción política y filosófica modernas. Sin admitir otra instancia reguladora que el propio albedrío, el Martí poeta (igual que el pensador o el hombre de Estado) justifica varios puntos importantes de su credo: el desafío a las normas académicas aún vigentes en el mundo hispánico, la diversidad de fuentes literarias o las defensa de una concepción abierta de los géneros literarios. En este último aspecto me parece interesante destacar la preferencia martiana de la lírica por encima de la novela. La primera posee un carácter no fabulador y, por tanto, más verdadero para Martí, ya que representa estados afectivos del alma que realmente ocurren. El crítico advierte, además, que el panorama novelesco de la época desagradaba a Martí debido al triunfo del naturalismo y, por tanto, del regodeo en las bajas pasiones y en la amoralidad (321-333). Me pregunto, sin embargo, si no pudo también influir la sustitución de la épica tradicional obrada por la novela decimonónica mediante su creación de héroes medios o vulgares, no necesariamente degradados como los de Zola, pero sí poco heroicos como los de Balzac, Dickens, Pérez Galdós, Turgueniev, etc. Asimismo, tal vez debiera haberse matizado algo más el apartado dedicado a la épica martiana, ya que este jamás escribió lo que propiamente se entiende por epopeya.

El extenso y erudito entramado teórico viene a desembocar en el punto que tal vez sea más característico del pensamiento poético de Martí: la alianza de la Belleza y el Bien como fines de la creación. Revestido de funciones asimilables al profeta y al sacerdote, el poeta tiene una función sagrada ante el Absoluto y ante los hombres: la de proferir las palabras reveladoras de la armonía esencial del Universo. Belleza y Bien se identifican, puesto que provienen del Uno, esencia metafísica del universo.

La exposición de temas y la inserción de textos de creación suele servir para mostrarnos a un artista coherente y profundo, a la vez que, al modo de un «leit motiv», se insiste en que tal o cual apartado es un indicio más de la modernidad de Martí. A lo largo de todo el estudio se van revelando las variadísimas influencias que contribuyeron a apuntalar el ideario martiano, algunas de ellas ya muy admitidas y de sobra conocidas pero que resultan de imprescindible mención. Sin duda una meritoria y minuciosa labor ha acompañado la recogida de los muchos datos acumulados. Cabe lamentar, sin embargo, el exceso reiterativo que, debido acaso a una loable voluntad de claridad, puede hacer algo pesada la lectura, ya que el autor se obliga a volver sobre puntos trillados una y otra vez. Hay una desproporción, que podría haberse salvado perfectamente, entre la longitud expositiva y la complejidad de los contenidos intelectuales.

La tercera parte («El contexto de la poesía martiana») es sin duda la más documentada ya que abarca las relaciones de Martí tanto con aquellos escritores hispánicos que lo anticiparon en sus hallazgos modernistas, así como con los que de una manera u otra siguieron su estela. El proyecto es ambicioso y englobador. Contiene aportaciones, entre las que puede destacarse, por ejemplo, la presencia de nombres de «iniciadores» menos reconocidos (Justo Sierra, Miguel Cané) y otros admitidos (Manuel Gutiérrez Nájera), nombres todos ellos que dan idea de que Martí no fue —no pudo serlo— el único hombre que vislumbró las posibilidades de la nueva estética. Asimismo, se aclaran algunas relaciones menos conocidas de influencia martiana, tal y como puede ser el caso de José Asunción Silva. No obstante, creo que pueden hacerse algunas reservas parciales al apretado panorama trazado por Morales. De entrada llama la atención la desigualdad del trato recibido por los poetas españoles decimonónicos en favor de sus contemporáneos hispanoamericanos. Es decir, así como Campoamor y Núñez de Arce no se libran de las abundantes y merecidas pullas del crítico,

en cambio Pérez Bonalde o Guido y Spano, por citar sólo otros dos autores anacrónicos, aparecen expuestos con gran objetividad. No era extraordinaria la poesía de este lado del Atlántico antes de la eclosión modernista (si exceptuamos a Bécquer y Rosalía), pero tampoco puede pensarse que fuera mucho mejor la que se practicaba en México, Venezuela o Argentina.

En algunas ocasiones hubiera enriquecido el análisis una mayor audacia en la presentación de los paralelos e influencias, de tal forma que estos no se detuvieran en el simple cotejo de textos, sino que sirvieran para una mejor intelección del Martí lector y creador. Campoamor fue muy admirado por Martí, según demuestra Morales, pero falta saber en detalle, con los textos por delante, cómo superó el prosaísmo vulgar del español y lo convirtió en anti-retoricismo. ¿Cuál es la recepción de Martí ante ciertos autores que le influyen? ¿Cómo reacciona ante ellos, cómo subvierte, cómo mejora las afinidades? En general, el análisis, cuando llega a esta cuestión, no pasa de señalar que «el humor es mucho más oportuno» (473) o que posee una «más honda virtud modernizadora» (495).

Hay, por último, algunas objeciones que se pueden achacar a la carencia de espacio, si no fuera porque el estudio completo es ya en sí mismo bastante amplio. Así, se echa en falta en la mención de afinidades entre Rodó y Martí (522-524) la común inquietud panamericanista que constituye en ambos una consecuencia directa del credo estético. Y cuando se dedican unos párrafos a la tardía vertiente popularista de Lugones (530-532) cabe pensar que no sólo sea la tradición gauchesca la que esté presente sino también el ejemplo mucho más cercano del «sencillismo» de Baldomero Fernández Moreno, la lírica popular castellana, así como las obras de Juan Ramón Jiménez y algunos autores del 27. Esto explicaría las resonancias simbólicas del texto lugoniano mejor que las referencias a Martí.

De cualquier manera estas observaciones no pueden desviar-nos del interés principal del último capítulo. Se trata, en definitiva, de darnos un Martí auténticamente lúcido, hijo preclaro de su tiempo, que contuvo dentro de su obra gran parte de los intereses de generaciones posteriores. Y que, aunque no deben adscribirse sólo a él ciertas preocupaciones de época (esto resulta particularmente claro en los modernistas de la segunda generación), en todo caso es indudable su posición privilegiada de iniciador y su superioridad artística frente a otros precursores.

Javier de Navascués
Universidad de Navarra

ARAGON, Louis, *Projet d'histoire littéraire contemporaine*, Marc Dachy ed., Paris, Gallimard, 1994, 160 pp. (ISBN: 2-07-073556)

El reclamo rojo de «inédit Aragon» atrae irremediablemente a todos aquellos que han leído alguna vez algo de este magnífico autor. En esta ocasión nos encontramos con una edición de artículos que escribió entre 1920-1923, en su período dadá. Su intención, tal y como él mismo declara en el primer fascículo (correspondiente al índice) era escribir toda una historia de la literatura contemporánea; pero no llegó a hacer más de 20 «capítulos». Estos, olvidados hasta hoy en la Biblioteca literaria Jacques Douzet, son los que Marc Dachy, experto en el dadaísmo, publica y edita ahora.

El libro comienza con un facsímil que muestra el plan que Aragon pensaba seguir. Fue publicado en la revista *Littérature*, editada por Breton, Aragon y Soupault (quienes poco más adelante serían los «tres mosqueteros» del surrealismo). El lector, tras haber leído las 155 páginas de que consta la obra, se queda con la miel en los labios y lamenta irremisiblemente que a Aragon no le diera tiempo a acabar su proyecto.

En efecto, su magnífica capacidad crítica, su reconocido dominio del lenguaje hasta el punto de hacer que sean actuales escenas vividas hace casi setenta y cinco años, su socarronería y el entusiasmo que en 1922, fecha en la que fue escrito, tenía este joven, hacen de este libro un excelente testimonio del ambiente literario de principios de siglo.

Porque, en efecto, no se trata de una lista de autores y obras. También los acontecimientos sociales que rodeaban los grupos literarios y artísticos, tan unidos en la época, tienen cabida dentro de